

Entrevista a Carlos Scolari: “El ChatGPT es un animal que debemos domesticar”

Pablo Andrada

Universidad de La Serena, La Serena, Chile
 pablo.andrada@userena.cl
<https://orcid.org/0000-0002-2887-5517>

Carlos Scolari (59) es especialista en establecer puentes que permitan comprender la dinámica actual de la comunicación. En 2022 publicó *La guerra de las plataformas. Del papiro al metaverso* (Anagrama) y acaba de realizar el lanzamiento de su nuevo libro *On the Evolution of Media. Understanding Media Change* (Routledge).

Desde la visión ecológica de los medios y con énfasis en las interfaces defiende sus ideas mencionando a colegas, recuperando ideas o prácticas de autores con los que no comulga y vinculando hechos cotidianos con tradiciones teóricas claves en el campo.

Nos recibe en su oficina de la Universitat Pompeu Fabra (UPF), en el Poblenou, en una fría Barcelona. Afuera de su despacho hay un afiche del congreso del proyecto europeo *Transmedia Literacy* de 2018, en una suerte de arqueología de su trabajo reciente. Dentro, conversa con dos colegas que forman parte de su equipo de trabajo con las que investiga los *Riders* de la ciudad condal. Messi levantando la Copa del Mundo es el protector de su pantalla. Ofrece un café para entibiar la conversación: saca dos cápsulas que usaremos en una máquina (una interfaz de conversación) en una sala un piso más arriba, donde hablaremos más tranquilos. El diálogo gira en torno a sus últimas publicaciones sobre una visión ecoevolutiva de los medios, el ChatGPT y sus autores fundamentales para pensar la comunicación estableciendo puentes con otras disciplinas.

La convivencia entre lo viejo y lo nuevo

En 2018 estabas cerrando el proyecto Europeo de *Transmedia Literacy* y me comentabas que querías cambiar y enfocarte en otros temas como la ecología de los medios. ¿Qué motiva este cambio conceptual? ¿Qué es este nuevo centro que has tenido en los últimos años?

Hay que hacer un poco de historia porque me reincorporo a la vida universitaria el 2002. Yo había estado en los años 1990s en Italia trabajando en los medios digitales: viví todo el proceso del CD ROM a la web y toda la reflexión sobre interfaces digitales e hipertexto. Entonces, cuando me reincorporo al mundo universitario, ya trabajando aquí en Cataluña, aparecía como un profesor de “nuevos medios”. Lo que a mí me interesaba era la convivencia de los nuevos medios digitales y los viejos medios

analógicos. Ahí ya comencé a releer a McLuhan en clave ecológica. En el 2003, Henry Jenkins deja caer el concepto de *transmedia storytelling* y en el 2006 aparece su libro de referencia: *Convergence Culture*. Pero lo más interesante es el subtítulo: *Where all and new media collide*, o sea, donde los viejos y nuevos medios colisionan. Jenkins se centra en el tema de la narrativa transmedia, en contar una historia en muchos medios, donde convive el producto oficial de la industria con el contenido hecho por usuarios, lo que viene de parte de las plataformas, de las redes sociales y de plataformas colaborativas. Todo eso genera conflictos, como bien sostiene Jenkins. Son dos mundos que entran en colisión. Por eso yo también me enfoqué en la narrativa transmedia, porque de todo ese gran tsunami que era lo digital y donde los viejos medios luchaban por adaptarse, la veía como un objeto de estudio que me permitía comprender esas tensiones. Si uno analiza cualquier experiencia transmedia, desde *Harry Potter* al *Ministerio del Tiempo* (serie española), no cuesta mucho encontrar conflictos económicos, abogados o incluso fans que terminaron vendiendo su producción. O

sea: las narrativas transmedia eran, por entonces, un lugar interesantísimo para ver este choque entre lo nuevo y lo viejo.

Después, entre 2009-2010, tuvimos el primer proyecto de investigación en la UPF, financiado por el Consejo Audiovisual de Cataluña, para investigar quién estaba haciendo narrativas transmedia en las empresas de Barcelona. Después escalamos la investigación; por ejemplo, incorporamos la no ficción, y se fueron integrando otras personas al equipo, como María del Mar Guerrero o María José Estables, que conocían a fondo la cultura de fans; o Nohemí Lugo, con su tesis doctoral sobre los usos educativos de las narrativas transmedia. Y de ahí llegamos al tema de la alfabetización transmedia (*transmedia literacy*).

Creo que seguimos un camino similar al de Henry Jenkins, él también empezó hablando de Harry Potter y Star Wars, pero después trabajó mucho en el ámbito educativo y la *literacy*. En ese campo, coordiné un gran proyecto internacional del 2015 al 2018. En el proyecto *Transmedia Literacy* tuvimos la posibilidad de montar un equipo en ocho países, alrededor de 50 investigadoras e investigadores, para estudiar a fondo la producción de contenido por parte de los adolescentes y ver cómo se podía aprovechar eso desde un punto de vista educativo. Mucha gente de la UPF se sumó a este proyecto o colaboró de forma indirecta. Por ejemplo, María José Masanet, Joan Ferrés, Julio César Mateus (que ahora está en Perú) o Noemí Lugo. Se armó una gran conversación internacional sobre estos temas que todavía en buena parte perdura. Para entonces, estamos en el 2018 o 2019, percibí que había mucha gente brillante investigando las narrativas transmedia en la ficción, la no ficción y la educación. Pensé que ese frente de investigación ya se había abierto, estaba en plena producción, por lo que debía dedicarme a otras cosas. Entonces, decidí volver al origen, que era investigar los conflictos y transformaciones mediáticas, ese espacio donde lo viejo convive con lo nuevo y tiene que luchar si quiere sobrevivir. Y eso significa hablar de “adaptación”, “supervivencia”, “competencia” o “cooperación”... o sea, el mismo discurso científico te lleva a pensar y reflexionar en términos ecológicos y evolutivos. A esto me he dedicado en estos últimos años: a desarrollar teoría e investigar las transformaciones del ecosistema de medios a partir de modelos evolutivos. Mi último libro, que presentamos en la conferencia internacional de ICA (International Communication Association) en Toronto

(mayo 2023), fue publicado por Routledge y se titula *On The Evolution of Media, Understanding Media Change*. O sea, el título es Charles Darwin y el subtítulo es Marshall McLuhan.

Evolución de los medios

¿Qué nos pueden adelantar de *On The Evolution...*?

En la primera parte del libro hablo de lo que significa construir teorías, cómo están hoy las teorías de la comunicación (*spoiler*: están muy fragmentadas) y quiénes podrían ser los interlocutores, a nivel intertextual, de una teoría evolutiva de los medios. Obviamente está la ecología de los medios —pienso en la obra de Marshall McLuhan, Neil Postman y, sobre todo, Harold Innis, el gran historiador canadiense de los medios. También la historia de los medios y la arqueología mediática son excelentes interlocutores de una teoría evolutiva del cambio mediático. Gracias a mi formación semiótica, aprendí que para construir una teoría lo primero que se debe hacer es crear un diccionario de conceptos. Las teorías funcionan a partir de proposiciones e hipótesis, pero primero hay que definir los ladrillos básicos, los “legos”, diríamos, que usaremos para crear esas construcciones discursivas.

En este contexto, la segunda parte del libro es un diccionario de conceptos que nos pueden servir para construir una teoría evolutiva de los medios; por ejemplo, conceptos como “ciclo vital mediático”, “emergencia”, “dominación”, “adaptación”, “supervivencia”, “nichos mediáticos” o “coevolución”. Todos ellos son conceptos que ya han sido trabajados en las teorías de la comunicación, solo que de manera aislada y en diferentes contextos teóricos. Yo traté de “unir los puntos” para sentar las bases de una teoría evolutiva del cambio mediático. En la parte final de *On the Evolution of Media* hago propuestas de tipo metodológico sobre cómo se puede investigar la evolución de los medios, recuperando trabajos que ya existen, tanto desde una perspectiva cualitativa como cuantitativa.

Mi visión es que la teoría evolutiva de los medios ya existe. Lo que pasa es que está diseminada en infinidad de autores, investigaciones y trabajos que han aplicado de forma más o menos directa la metáfora evolutiva al cambio mediático. El libro tiene unas 600 referencias bibliográficas. Como ya dije, me de-

diqué a unir esos puntos para crear una red teórica intertextual (Silvio Waisbord la llamaría una “zona de intercambio intelectual”) sobre la evolución de los medios.

En *Hipermediaciones*, un libro del 2008, planteabas que Internet llegaba a un campo de la educación —y también de la comunicación— poco preparado para el ecosistema digital. ¿Cómo lo ves quince años después desde la perspectiva ecológica?

Hace quince años el debate era hasta dónde se habían digitalizado las prácticas educativas y la misma enseñanza universitaria de la comunicación. Ese fue el tema del proyecto Comunicadores Digitales de la Red ICOM que coordiné entre 2004 y 2006, en el cual participaron universidades de Europa y América Latina. Creo que ese proceso de digitalización de los planes de estudio universitarios ya se fue dando, más por recambio generacional que por políticas de actualización. Sinceramente, me hubiera gustado que todo hubiera sido más rápido. Si bien todavía quedan bolsones “analógicos” en la formación, en general podemos decir que la formación universitaria en comunicación ha incorporado la dimensión digital. ¿Hasta dónde esa digitalización ha permeado las prácticas pedagógicas? Me parece que todavía queda muchísimo por hacer. La pandemia fue otro factor que, en algunas sociedades y contextos, aceleró el proceso de digitalización educativa. Pero no se puede generalizar. Cuando llegó la pandemia, incluso en Barcelona algunos estudiantes tenían problemas de conectividad, ya ni hablemos de América Latina. La pandemia sirvió para que muchos profesores y profesoras se empezaran a poner las pilas y ver cómo avanzar en un territorio hasta ese momento inexplorado. Pero fue un momento muy caótico. Los grandes proyectos estatales, en su gran mayoría, fracasaron a la hora de digitalizar la educación. Con la excepción del Plan Ceibal en Uruguay, que es una realidad muy particular y más fácil de gestionar por las dimensiones del país, en general la digitalización se da más por iniciativas *bottom-up* que por grandes estrategias *top-down*. Hoy el 66% de la humanidad está conectada a Internet y en el planeta hay más teléfonos móviles que personas. O sea, la brecha digital sigue existiendo, pero poco a poco se va acortando. No nos olvidemos que la World Wide Web tiene solo 10.000 días de vida. Tampoco olvidemos las fuerzas tecno-económicas que generan oleadas de digitalización y proponen nuevas utopías. Hace un año estábamos todos hablando del

metaverso, hoy el tema es la inteligencia artificial. El metaverso pasó sin pena ni gloria (quizás algún día regrese), pero la inteligencia artificial vino para quedarse. La clave es la masificación: como la web en 1995 o las redes sociales a partir de 2005, las inteligencias artificiales son gratis y están siendo usadas por millones de personas. Guste o no, ya está en las aulas. Profesores e investigadores estamos explorando la inteligencia artificial, por ejemplo, haciendo pruebas para procesar entrevistas, elaborar síntesis o buscar todo tipo de soluciones textuales; lo mismo están haciendo nuestros estudiantes. Yo creo que estamos frente a una gran disrupción en las prácticas textuales y educativas.

¿Qué pasa con la llegada del ChatGPT? ¿Qué se hace con este nuevo animal que llega al ecosistema?

Es un animal que debemos domesticar. Justamente acabo de publicar un artículo en la web del Centro de Cultura Contemporánea donde recuperé planteos de Umberto Eco de hace 20 años, cuando él empezó a jugar con unos traductores automáticos que, por entonces, eran bastante primitivos. ¿Qué pasó después? El traductor automático se ha integrado en nuestra dinámica de producción, lo usan estudiantes, profesores e investigadores y nadie se queja. Es otra tecnología que se volvió invisible. Yo mismo lo uso cuando debo enviar algo rápido y no tengo ganas de ponerme a escribir directamente en inglés. Obviamente, el control humano del texto generado por el traductor automático es fundamental. Son herramientas que se utilizan permanentemente en las empresas, no solo en el mundo educativo. Mi impresión es que la generación automática de imágenes y textos acabará igual: como cualquier otra tecnología que triunfa, se volverá invisible después de un tiempo. La inteligencia artificial ya está integrada en los buscadores y es probable que en poco tiempo en el *Word* tengamos un botoncito que diga *Generate text*. Lo mismo en *Photoshop*: quizás incluya un comando en el menú para crear imágenes. No me extrañaría que ese fuera el desarrollo en los próximos meses. Pero, como no me canso de repetir, el ecosistema mediático es complejo y no podemos predecir su evolución.

En tus publicaciones hay un tema recurrente que son las conversaciones entre los académicos, ¿por qué?

Hablé mucho de la metáfora conversacional en mi libro *Hipermediaciones*. Las teorías son conversaciones. Es más, la vida científica y académica tiene una dimensión conversacional muy grande. Nos pasamos el día ejecutando actos del lenguaje: mandamos correos, respondemos llamadas, corregimos exámenes, tomamos apuntes, mandamos más correos. O sea, gran parte de nuestro quehacer es exquisitamente lingüístico. De ahí que el ChatGPT y otros instrumentos preocupen y sean vistos con temor. En el fondo, son *tools* que afectan de lleno nuestras prácticas cotidianas. Me interesa mucho analizar cómo se construyen intertextualmente los debates teóricos, qué se lee, qué autores se procesan y se citan (o no). A veces ciertos temas y autores no entran en las conversaciones teóricas; cuando detecto que pasa algo por el estilo, a través de mi blog (Hipermediaciones.com) me encargo de traducir algún párrafo, introducir un tema o dejar caer bibliografía recién publicada. Mi gran amigo y colega Alejandro Piscitelli ha hecho lo mismo en los últimos 30 años y de manera exquisita: Alejandro ha sido una máquina de captar conversaciones y llevarlas a América Latina. En ese sentido, me inspiro mucho en su trabajo y forma de incorporar nuevos temas y autores. En América Latina sigue habiendo muchos prejuicios en lo que se lee y lo que no. Por ejemplo, en Argentina casi no se leen autores estadounidenses... ¡pero nadie cuestiona el colonialismo francés de sus intelectuales!

¿Qué elementos destacarías de la conversación actual en comunicación?

Cuando uno publica un artículo, un libro, una charla, hay un interés por ver a quién citas. Sabemos que siempre se han citado más hombres que mujeres. Ahora empieza a haber un interés, no solo en el área de comunicación, sobre la producción teórica a cargo de mujeres. Incluso hay una colección de libros que se mueve en esa dirección: visibilizar el trabajo de las investigadoras de la comunicación en América Latina. En la UPF invitamos en diciembre de 2022 a Leonarda García Jiménez, quien, además de una conferencia y un seminario, contribuyó con una exposición dedicada a las mujeres de la comunicación. Leonarda coordina un proyecto sobre las mujeres en la investigación en comunicación. Resulta interesante relevar que, además de la cuestión de género, hay una dimensión geográfica que también participa de los procesos de exclusión. Este es un tema a la orden del día en Europa y Estados Unidos. Hace poco me pidieron un artículo

para una enciclopedia. Me solicitaron especialmente que incluyera autores y referencias de otros países. El movimiento de “desoccidentalización” (*de-westernization*) teórica existe y, más allá de las posibles críticas que tengamos, deberíamos aprovecharlo desde América Latina. En los países centrales comienzan a descubrir que en otras latitudes también hay producción teórica y científica. Aprovechemos este interés para hacer oír nuestras voces. O sea, entremos en ese campo conversacional.

Tres autores fundamentales para la comunicación

Siguiendo tu obra, hay tres autores con los que sueles conversar: Umberto Eco, Jesús Martín Barbero y Marshal McLuhan. ¿Qué puedes decir de estos tres autores para leerlos hoy?

Parece la Santísima Trinidad (ríe). A ver, yo me formé en la segunda mitad de los años 1980 en la Universidad Nacional de Rosario (Argentina). Ahí, Jesús Martín-Barbero era bibliografía obligatoria. La primera vez que lo vi fue en un congreso en Brasil en 1988 y en esa ocasión le hice una entrevista que usamos en la asignatura durante varios años. Martín-Barbero marcaba una línea de trabajo. Era la figura fundacional del paradigma comunicacional y cultural en América Latina. Tuve la suerte de hablar muchas veces con él, lo visitaba cada vez que iba a Colombia. Fue una experiencia increíble hablar con Jesús Martín-Barbero: tenía una capacidad enorme para procesar información, conectar datos y después convertir todo eso en una escritura única. ¡Hablar con Martín-Barbero era un *flash*!

En el año 1990 me mudé a Italia, donde me metí de lleno a trabajar en el sector digital. A finales de esa década decidí hacer el doctorado. Me conecté con la comunidad de semióticos de Torino, gente brillante como Guido Ferraro o Pablo Bertetti. También contacté con la gente de Bolonia y Milán, donde hice el doctorado bajo la dirección de Gianfranco Bettini en la Universidad Católica de Milán. Ahí conocí una nueva generación de semióticos y semióticas: Nicoletta Vittadini era la experta en semiótica del hipertexto, Gianni Sibilla en semiótica del videoclip y Matteo Bittanti en semiótica del videojuego. Yo me sumé con mi semiótica de las interfaces.

Respecto a Umberto Eco, tuve la ocasión de hablar con él un par de veces. Me lo crucé en varios eventos en Italia, por ejemplo en los congresos de semiótica. Una vez incluso compartimos un panel sobre el hipertexto en un congreso de la Asociación Italiana de Estudios Semióticos. Eco avisó a la Asociación que quería “hablar del hipertexto” y lo sumaron a nuestro panel. Eco era un tipo increíblemente simpático, creativo y curioso. Eco es valioso por su aporte intelectual y sabiduría, pero también por esa curiosidad que lo llevaba a interesarse y leer de todo. Fue el último intelectual renacentista y enciclopédico.

A Marshall McLuhan lo leí tres veces en mi vida. La primera vez en los años 1980, en la Universidad Nacional Rosario, cuando McLuhan era el representante del capitalismo imperialista mediático y se lo oponía a Armand Mattelart. Entonces, McLuhan era el malo de la película. En los años 1990, cuando me meto a trabajar en mi tesis sobre interfaces, vuelvo a leer a McLuhan en italiano para trabajar el tema de la interfaz. McLuhan hablaba de los medios como “prótesis”, una concepción que yo critiqué mucho en mi tesis (ver mi libro *Hacer Clic* del 2004). Finalmente, vuelvo a releer a McLuhan en clave ecológica en los últimos años. Entre otras cosas, me interesa muchísimo su visión de las relaciones entre medios. Es injusto que se lo haya excluido por banalidades ideológicas. McLuhan tenía una visión de los medios y la cultura que todavía hoy sorprende por su creatividad analítica. Era una mente brillante, también enciclopédica y capaz de procesar muchas cosas.

Martín-Barbero, Eco y McLuhan son referentes fundamentales para el estudio de la comunicación. Un dato: ninguno de los tres venía de comunicación (ríe). Umberto Eco se recibió con una tesis sobre el problema del arte y la estética en Santo Tomás de Aquino; Jesús Martín-Barbero, por su lado, había hecho una tesis sobre filosofía y venía del análisis del discurso; era un filósofo; Marshall McLuhan era experto en Shakespeare y Joyce. Ninguno venía de la sociología de la comunicación. Podríamos agregar a esa lista a Walter Benjamín, un pensador fundamental para comprender los medios, que tampoco venía de la comunicación. Eso no es sorprendente: en todos los terrenos de la ciencia, los investigadores y teóricos que vienen de afuera de un campo, los que operan en las fronteras, son los que generan conceptos nuevos y despliegan visiones disruptivas por fuera de las disciplinas. Por eso es importante leer de todo, no quedarse en la bibliografía específica de tu campo. Al hiperespecializarse la investigación, se

pierden las hibridaciones entre disciplinas. Figuras como Martín-Barbero, Eco y McLuhan jugaban en esa liga de pensadores de fronteras.

Hacen interesante las conversaciones.

Claro, introducen conceptos e ideas de otros campos. La teoría interpretativa de Umberto Eco toma cosas de la ciencia cognitiva de los años 1970. Muchos semióticos nunca se lo perdonaron. Eco dialogaba con la vanguardia del MIT, con Marvin Minsky y otros autores como Roger Schank y Robert Abelson. Eco procesa los modelos representacionistas del funcionamiento de la mente y los incorpora en su teoría semiótica de la interpretación. Yo creo que esas lecturas cruzadas, interdisciplinarias y mestizas, son fundamentales para el desarrollo científico y teórico.

Por otro lado, has mostrado tu desacuerdo con un autor superventas y muy admirado como Byung-Chul Han. Es alguien muy leído por sus reflexiones sobre una sensación de cansancio y desconfianza a la sociedad de la transparencia. ¿Cuál es tu crítica a sus planteamientos?

Byung-Chul Han me cansa (ríe). Veamos: si es un *best seller* que está en todos lados, por algo será. Yo creo que hay dos cuestiones. Una cosa es el contenido: Byung-Chul Han propone una visión que se alimenta de planteos muy apocalípticos inspirados en Heidegger, Adorno y Horkheimer. Nunca comulgué con esas ideas apocalípticas. Por otro lado, creo que Byung-Chul Han se contradice porque él critica duramente la superficialidad y fragmentación de los medios contemporáneos pero escribe libros con frases breves, casi tuits, diseñados a medida para los lectores y lectoras del siglo XXI. Me recuerda a esa gente que publica un libro impreso sobre el fin de la imprenta y de los libros impresos. Pero de última, su obra es una buena enseñanza: ¿cómo tenemos que escribir hoy para que la gente lea textos del “pensamiento crítico”? Byung-Chul Han nos enseña que debemos escribir párrafos cortos, frases breves y contundentes. En ese sentido me parece interesante su aporte. Respecto a su mirada apocalíptica, puedo estar de acuerdo con algunos de sus planteamientos sobre la vida contemporánea, pero cuando pisa el acelerador y te pinta un mundo apocalíptico donde la única fuga que hay son los objetos del pasado

(como escuchar música en su *jukebox*), me digo: “a este señor le agarró el viejazo”. Tiene una mirada conservadora que se vuelve inoperante. Hay mucho pensamiento crítico sobre las redes y las plataformas, pero que si no incorpora una dimensión pragmática se termina disolviendo en sí mismo. Autores como Benjamin Bratton, Geert Lovink o Nick Srnicek hacen aportes relevantes en ese sentido. Pero a Byung-Chul Han me lo imagino como un filósofo de sofá preocupado por las tecnologías digitales mientras escucha su *jukebox*, casi personaje de Cortázar que escucha un viejo disco de vinilo mientras fuma tranquilo. No sé, la suya es una visión muy frankfurtiana, muy *no future*, que no comparto para nada.

Una formación que permita crear y reflexionar

Cambiamos de tema: La Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile cumple 70 años en abril.

La Escuela nace en la época en que se crearon las primeras facultades de comunicación en toda América Latina. Desde el CIESPAL en Ecuador se irradia la *Mass Communication Research* y la “comunicación para el desarrollo” a todo el continente. Era el gran proyecto desarrollista. Por entonces también en Argentina se crean las grandes escuelas y facultades de Comunicación (aunque la escuela de Periodismo de la Universidad de La Plata existía desde mucho antes). En el caso de la Universidad Nacional de Rosario, yo tuve profesores que habían sido alumnos de la primera generación. Por entonces la escuela de comunicación estaba en la Universidad Católica, pero después fue estatizada e incorporada a la Universidad Nacional.

En el ecosistema actual, ¿qué se debiera enseñar y qué se debiera aprender en una escuela dedicada a la comunicación?

En América Latina tenemos sobre todo carreras “únicas” de comunicación, cuando en España hay una tradición —que ya tiene más de 30 años— y que se basa en tres grados: Periodismo, Publicidad y Relaciones Públicas y Comunicación Audiovisual.

En Chile solo es periodismo.

Buen dato, no lo sabía. Va un poco a contramano de América Latina, donde predominan las carreras de “comunicación”, “comunicación social” o “ciencias de la comunicación”. En mi época de estudiante criticaba que nuestra carrera de “comunicación social” era muy enciclopedista. Para nosotros periodismo era una orientación, un puñado de materias en los últimos años. Creo que ese enciclopedismo después me resultó muy útil porque la misma realidad laboral me llevó a trabajar en diferentes ámbitos. Hoy es muy difícil que una persona empiece trabajando en un medio y perdure en ese lugar durante 30 o 40 años. La gente fluctúa, cambia de trabajo y de medios. Entonces creo que esa formación un poco enciclopedista que tuvo siempre la comunicación en América Latina habría que rediseñarla, quizás actualizarla, pero la valoro mucho.

En el proyecto Comunicadores Digitales elaboramos un mapa de competencias que, si bien pasaron unos cuantos años, se mantienen bastante vigentes. Existe un núcleo de saberes que, más allá de la evolución de los medios, hay que seguir enseñando en las universidades. Por ejemplo, todo lo relativo a los lenguajes de la comunicación. Un comunicador debe dominar todos los lenguajes: verbal, fotográfico, audiovisual e interactivo. Son saberes que van más allá del *software* o de los medios: se trata de competencias que tenemos que seguir enseñando y que los profesionales tienen que dominar. Después, si se escribe a mano, con teclado o con la ayuda de un *bot*, es otra historia. Además, tenemos que enseñar a narrar, ya sea con textos escritos, imágenes fijas, en movimiento, de manera interactiva o inmersiva. Al final, todo termina convergiendo: ¿Qué deberíamos enseñar sobre teorías de la comunicación? Esto es todo un tema porque cada año que pasa se suman nuevos libros y enfoques.

Tengo la impresión de que la enseñanza de las teorías de la comunicación ha quedado anclada en las teorías del siglo XX, en las viejas teorías de la comunicación de masas. *Hipermediaciones*, un libro que en 2023 cumple 15 años, justamente propone un *upgrade* teórico basado en recuperar lo que sirve de las viejas teorías mientras se comienza a producir algo nuevo. Por otro lado, percibo un cierto desprecio por lo teórico en la formación universitaria. Concretamente en España la formación en comunicación se ha ido “des-teorizando” al mismo tiempo que las carreras se han ido “profesionalizando”. Se nota una

pérdida de teoría porque hay una exigencia común por parte del estudiantado, las familias y las empresas: todos quieren que los chicos y chicas que van a la universidad consigan trabajo. ¿Es la prioridad, no? Entonces, se les enseñan competencias que faciliten la inserción laboral y, en una lectura realmente banal, se considera que los saberes teóricos están de más. En cambio, por momentos parecería que en América Latina sucede lo contrario: tiende a predominar una formación muy teórica y crítica con los medios, mientras que la formación profesional no está tan desarrollada. Eso es lo que percibo, por ejemplo, en Argentina. En el fondo, esta tensión entre formación crítico-teórica y formación profesional siempre estuvo presente en las escuelas de comunicación. Ya Jesús Martín-Barbero hablaba de esto hace 20 ó 25 años. Él notaba la existencia de una especie de esquizofrenia en las carreras de comunicación latinoamericanas: los estudiantes salían de una clase teórica donde les enseñaban los trabajos críticos de Mattelart y se metían en un taller para producir *spots* publicitarios. Creo que esas tensiones existen y van a seguir existiendo.

Esa tensión también está presente en las diferentes miradas de los departamentos universitarios. En algunos departamentos o facultades se enseña a desarrollar algoritmos, procesar datos o programar sistemas de inteligencia artificial pero nadie se plantea una reflexión crítica de esas prácticas. En el edificio de enfrente, en las facultades o departamentos de humanidades digitales, se despliega todo el arsenal crítico contra los algoritmos, los datos y la inteligencia artificial. También ahí, dentro de una misma universidad, existe esta esquizofrenia que forma parte de los estudios de comunicación desde el inicio. Quizás los departamentos de comunicación puedan servir para articular mejor esas tensiones, creando nuevas "zonas de intercambio intelectual". En la Universitat Pompeu Fabra nos estamos moviendo en esa dirección; por ejemplo, diseñando trabajos finales de grado, postgrado o incluso tesis doctorales aplicadas donde la dimensión del diseño y el desarrollo de prototipos también sean parte del proceso de investigación. Nos interesa movernos en un espacio híbrido donde la creación y el diseño convivan con el pensamiento crítico.

¿Este encuentro se relaciona con la conversación académica y la curiosidad intelectual?

Las tecnologías digitales están y van a seguir desarrollándose. Hay dos alternativas: o nos quedamos en la acera de enfrente agitando la bandera del apocalipsis digital y escuchando el *jukebox* o cruzamos la calle y nos metemos a los codazos en ese territorio donde dominan las ingenierías para ver qué se puede hacer con todo eso. El ejemplo de la inteligencia artificial viene al caso: o nos quedamos en nuestra zona de confort intelectual diciendo que "un periodista de carne y hueso nunca será suplantado" y metemos la cabeza dentro de la tierra como un avestruz o comenzamos a experimentar con la creación automática de textos y la incorporamos en nuestra práctica educativa. Muchos instrumentos, como el chat GPT, ya están entrando en nuestros procesos educativos y laborales sin pedir siquiera permiso: ¿Cómo no vamos a trabajar con ellos?

De hecho, los estudiantes pueden hacer ensayos para sus tareas.

Totalmente. En mi actual proyecto de investigación (PLATCOM) tenemos que procesar muchas entrevistas, datos e informes del equipo de investigación. Si bien estamos trabajando con el programa Nvivo, hace unos días estuve probando a procesar unos textos con el ChatGPT. Por ejemplo, le "pedí" que extrajera las ideas principales y debo reconocer que lo hizo muy bien. También Lluís Codina (UPF) y Carlos Lopezosa (UB) estuvieron experimentando en la misma dirección. Obviamente, todo lo que genera el sistema necesita un control humano. Es como la traducción automática. Después le "pedí" al ChatGPT que identificara anglicismos y solo me identificó la mitad. Incluso se inventó algunas palabras que ni siquiera estaban en la entrevista. O sea, es una *tool* que funciona a medias por ahora. Finalmente, le "pedí" al ChatGPT que identificara metáforas dentro de la entrevista. Siendo una investigación sobre *riders* y plataformas, ante la dificultad para conseguir mano de obra durante la pandemia, el entrevistado menciona la necesidad de salir a "cazar *Riders*". Pero el ChatGPT ni se enteró. Por ahora, no sabe identificar metáforas, le falla eso que Umberto Eco denominaba la "selección contextual". Umberto Eco diría que el ChatGPT funciona bien a nivel de diccionario, pero no a nivel enciclopédico. Pero es evidente que esta tecnología recién está dando sus primeros pasos. Será fascinante ver cómo evoluciona e interactúa con otras tecnologías y con nosotros.